

¿Cuál es nuestra meta, nuestra finalidad, nuestro objetivo con nuestras escuelas cristianas?

Esta es la pregunta a la que debemos responder ahora. Es una pregunta importante. Es necesario tener la meta de la educación cristiana claramente en mente desde el comienzo mismo de la instrucción y no olvidarla ni por un momento en el curso de la educación. La falta de objetivos hace que todo el trabajo sea inútil. La persecución de metas equivocadas subvertirá la educación que se imparte. Por otra parte, la meta que se persigue con determinación determina la naturaleza de toda la obra de la educación cristiana y hace que esa educación sea buena, valiosa y provechosa. No sólo los padres y el maestro, sino también el alumno, deben saber cuál es el propósito y recordarlo a lo largo de su educación. Esto requiere que los padres y maestros le digan cuál es el objetivo y se lo recuerden repetidamente. El alumno debe conocer la respuesta a sus preguntas: “¿Por qué debo ir a la escuela? ¿Por qué tengo que estudiar? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué mis padres ponen nuestras escuelas?”.

El objetivo da sentido y significado a la actividad de educar. “¿Para qué sirve todo esto?” es una pregunta válida, y más vale que haya una respuesta. El objetivo que se tiene en mente es el incentivo para que el profesor enseñe, el alumno aprenda y los padres mantengan la escuela donde se enseña y se aprende. Especialmente para el alumno, esto equivale a algo así como: “Cómete las espinacas para que puedas convertirte en un hombre fuerte y fornido como tu padre”. La meta unifica y dirige la masa de material que constituye la instrucción y, de hecho, todo lo que tiene cabida en la escuela cristiana. La meta servirá también de criterio para juzgar lo que no tiene cabida en la educación cristiana. Además, la meta de la educación cristiana es simplemente un fin en sí mismo, vital en la educación cristiana no sólo por lo que hace, sino también por lo que es en sí misma.

Cada vez es más urgente que conozcamos la meta, porque se proponen otras metas y se lucha enérgicamente por ellas. Esto es cierto con respecto a la educación en el mundo, pero también lo es con respecto a la educación entre los cristianos reformados. Hay un esfuerzo por reorientar la educación cristiana. Si ese esfuerzo tiene éxito, desviará nuestro objetivo del cielo a la tierra, de Dios al hombre, de la *Civitas Dei* a la *Civitas Mundi*; y toda la educación se echará a perder. En este caso, sería mejor para nosotros que nos colgaran una piedra de molino al cuello y que nos ahogáramos en el fondo del mar, porque seríamos una piedra de tropiezo para multitud de pequeños de Cristo.

Debemos derivar nuestro objetivo de nuestra base de educación cristiana: la alianza de Dios con los creyentes y sus hijos. El fundamento determina la estructura completa que se levanta sobre ese fundamento. Sobre los cimientos de la Torre Sears no se construye un gallinero. Nuestro objetivo en la educación cristiana debe ser el contenido y expresado por el mandamiento del pacto de Jehová a los padres creyentes.

No debemos comenzar en el Espíritu y terminar en nuestra carne, comenzar con el pacto de gracia y terminar en las metas de los griegos, de los humanistas, de los pragmáticos norteamericanos, o de nuestras propias ambiciones orgullosas y carnales para nuestros hijos. Esto se hace fácilmente. También la educación cristiana se ve constantemente acosada por la tentación de conformarse a este mundo. Hoy, además, hay enemigos dentro de las puertas del campo reformado. Son engañosos. Los hombres malvados y los seductores empeoran en el ámbito de la educación cristiana, engañando y siendo engañados. Hablan del pacto para obtener los hijos y el dinero de los padres, y luego trabajan para un fin que no tiene nada que ver con el pacto. Se vuelven aún más astutos y disfrazan su objetivo no pactado como “la visión reformada del mundo y de la vida” o “el reino de Dios”.

Al afirmar este objetivo desde la base del pacto de la educación, y especialmente al perseguirlo en nuestras escuelas, debemos exponernos voluntariamente al ridículo. ¿Por qué hemos de suponer que la educación cristiana está exenta de la ley del reino de que la sabiduría de Dios es locura para el hombre, especialmente para los sabios entre los hombres, para los “griegos”? Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús en la educación sufrirán persecución. Hemos oído, y seguimos oyendo, las burlas: “¡Anabaptistas!”. “¡Escuelas estrechas, dogmáticas, confesionales!” “¡Escuelas sin visión del reino!”.

Sobre el niño del Pacto que es educado

Se proponen muchos objetivos falsos para la educación. Incluso hay una opinión popular de que en la educación no hay, ni puede haber, un objetivo para el niño. Simplemente se debe permitir que el niño se desarrolle sin obstáculos. El trabajo del educador es eliminar todo lo que pueda obstaculizar el libre desarrollo del niño y potenciar la posibilidad de este desarrollo. Desde esta perspectiva, es una herejía educativa hablar de dirigir a un niño, y mucho menos a todos los niños, hacia un objetivo específico. Esto representa una falta radical de propósito en la educación. Sin embargo, es fiel a los principios de la evolución, la teoría de la bondad y centralidad del hombre, y la convicción de la inexistencia o irrelevancia de Dios. La educación sin metas se manifiesta de muchas maneras, tanto en la educación misma como en la vida de los niños educados.

Existen múltiples objetivos educativos claramente centrados en el hombre y en lo terrenal. Está el objetivo del caballero culto; el objetivo del ciudadano bien adaptado en la sociedad estadounidense; y el objetivo del hombre exitoso: rico, poderoso, bien posicionado, famoso y feliz. En un estado totalitario, como China, el objetivo es ser engranajes que funcionen bien en la maquinaria del estado.

También existen varios objetivos religiosos falsos. Uno de ellos es la salvación del alma del niño en una escuela que practica el evangelismo. Otro es el objetivo de la escuela dominada por el fundamentalismo: que haya alguna religión en el alma además de conocimiento en la mente. Los educadores comprometidos con el evangelio social, incluidos los humanistas “Reformados” de nuestro tiempo, apuntan a la mejora de la sociedad. Los hombres y mujeres de ICS trabajan con fervor para producir visionarios y activistas del reino, y así, su reino.

El objetivo de la educación reformada y del pacto es radicalmente diferente. Tenemos un objetivo. Nuestro objetivo es un hombre maduro de Dios, que vive en este mundo en todas las áreas de la vida con todas sus capacidades como amigo-siervo de Dios, amando a Dios y sirviéndole en toda su vida terrenal con todas sus habilidades, y que vive en el mundo venidero como un rey bajo Cristo, gobernando la creación para la alabanza de Dios, su creador y redentor.

Este es el objetivo propuesto por la Escritura, particularmente en aquellos pasajes que llaman a los padres a la crianza cristiana de los hijos del pacto. Decir que derivamos nuestro objetivo de la base del pacto de la educación es decir que lo derivamos de la Escritura. La Escritura establece el objetivo de la crianza de los hijos; la Escritura establece el fin del hombre. En el movimiento de escuelas cristianas, debemos cerrar nuestros oídos a todo el clamor del hombre y solo escuchar la Palabra.

Según Deuteronomio 6, el objetivo de la enseñanza diligente a los niños es que amen al Señor su Dios con todo su corazón, alma y fuerzas. Negativamente, el propósito es que no olviden al Señor, que no lo olviden

al habitar en ciudades grandes y prósperas, que no lo olviden en casas llenas de bienes, que no lo olviden al comer y saciarse. Negativamente, el objetivo es que “no andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores” (v. 14). Estos dioses son nombrados Baal, Mamón, Placer y Egoísmo.

El objetivo no es que los niños crezcan temiendo a Jehová, *sino también* vivir la vida terrenal. Tampoco es que los niños crezcan temiendo a Jehová *evitando* la vida terrenal. Sino que el objetivo es que los niños crezcan temiendo a Jehová *en* la vida terrenal, es decir, que los niños crezcan viviendo toda la vida terrenal para Jehová.

El Salmo 78:1-8 enseña que el propósito de los padres al mostrar las alabanzas de Dios a la generación venidera es que esos hijos “pongan en Dios su confianza, y no olviden de las obras de Dios, y guarden sus mandamientos y no sean como sus padres, generación contumaz y rebelde.”

Segunda Timoteo 3:14-17 es un pasaje especialmente claro y pertinente. El niño del pacto, instruido por su abuela y madre, se convierte en un hombre de Dios, un hombre *maduro* de Dios (“perfecto” no significa “sin pecado”, sino “maduro”), cuya madurez se manifiesta en que está completamente equipado para toda buena obra. Está preparado para una vida de buenas obras aquí y ahora en el mundo. Tal vida de buenas obras no consiste en correr distribuyendo folletos o haciendo visitas ocasionales a la cárcel para cantar himnos arminianos, sino en amar y ser fiel a su esposa, proveer para su familia, someterse pacientemente a un jefe difícil, pagar sus impuestos, y cosas por el estilo. El objetivo es la santidad: la consagración de uno mismo y la totalidad de su vida a Dios en agradecimiento.

No es necesario enumerar más textos; cada pasaje de las Escrituras que revela el propósito de Dios al crear al hombre y al redimir a la nueva humanidad en Cristo enseña lo mismo.

Sin embargo, debemos recordar el mensaje de Eclesiastés. Ese mensaje no es la vanidad absoluta de la vida terrenal. Eclesiastés no es el grito sacudido del pesimista que luego se quita la vida. No es el lúgubre canto fúnebre del monje que inmediatamente se retira al monasterio. Sino que el mensaje es la vanidad de toda la vida terrenal, absolutamente *toda* la vida terrenal —reinado, agricultura, aprendizaje, elaboración de libros— *apartados del temor a Jehová y de guardar sus mandamientos*. El conocimiento apartado de conocer a Dios, toda actividad no motivada por el amor a Dios y dirigida hacia Él, y la vida misma vivida apartada de Dios y lejos de Él son vanos. Por lo tanto, la aplicación de este mensaje es: ¡Conoce, sé rey, escribe libros, bebe vino y cultiva en el temor a Jehová! ¡Y enseña a los niños a hacer esto!

Este objetivo de la educación cristiana concuerda con el propuesto por pensadores reformados. Herman Bavinck sugiere esto:

La verdadera piedad se combina de forma orgánica con un conocimiento sólido y una cultura genuina. De este modo formamos hombres *de Dios*, capacitados para *toda buena obra, completamente* preparados para toda buena obra.⁶⁴

Herman Hoeksema establece la meta de la siguiente manera:

Debes apuntar en tu educación hacia el hombre perfecto de Dios, conociendo la voluntad de su Dios para cada esfera de la vida y para cada paso que dé en el camino de la vida, y asegurarte de que en su vida esté bien equipado con un conocimiento claro y conciso de todos los preceptos del Altísimo.⁶⁵

Jan Waterink afirma,

Si me pidieran que diera una declaración en una sola frase sobre el objetivo de la educación, preferiría formular la definición de la siguiente manera: “La formación del hombre en una personalidad independiente que sirve a Dios según su Palabra, capaz y dispuesto a emplear todos sus talentos dados por Dios para honrar a Dios y para el bienestar de sus semejantes, en cada área de la vida en la que el hombre es colocado por Dios.”⁶⁶

Nuestro objetivo tiene dos aspectos. En primer lugar, nuestro objetivo en la crianza del niño del pacto es que el niño alabe a Dios *en la eternidad*. Esto no se recuerda lo suficiente, pero se expresa en la oración después del bautismo en la Forma para la Administración del Bautismo: “que sean educados piadosa y religiosamente... para que te alaben y te ensalcen *eternamente*”. La alabanza de nuestros hijos a Dios en la eternidad está relacionada y se realiza a través de nuestra crianza de ellos, también en la escuela cristiana. No especularé sobre esto, pero sostengo que la educación cristiana, en las escuelas, es útil para la vida y el reinado del niño con Cristo en el nuevo mundo. Ninguna educación genuinamente cristiana se desperdicia o se pierde.

Se implica la incapacidad del maestro para ver todos los frutos de su trabajo en esta vida. Como el labrador, debe tener paciencia para el fruto precioso. En la educación vivimos y trabajamos por fe en las cosas invisibles que son eternas.

Este aspecto eterno del objetivo debería ser la motivación de los padres y el maestro. Si nos conmueve poderosamente el placer que ahora tenemos en “hijos robustos e hijas justas”, ¿qué placer tendremos algún día cuando lo que ahora no aparece aparezca plenamente en nuestros hijos y estudiantes?

El segundo aspecto de nuestro objetivo es definitivamente la vida piadosa del niño en la tierra, aquí y ahora. Tenemos un objetivo temporal. Su lugar, su conexión inseparable con el objetivo eterno y su subordinación al objetivo eterno, son excelentemente resaltados en la oración de la forma de bautismo: “para que sean educados piadosa y religiosamente... y vivan en toda rectitud bajo nuestro único Maestro, Rey y Sumo Sacerdote, Jesucristo... para que eternamente te alaben y te ensalcen a ti”. Deben vivir una vida centrada en Dios (santa), obediente, responsable en el mundo, viviendo delante del rostro de Dios en su posición, como profetas, sacerdotes y reyes, y haciendo esto como muestra de gratitud por la salvación recibida con gracia.

En este sentido, debemos recordar que el gran peligro en los últimos días, según la Escritura —y la experiencia actual lo confirma— es la mundanalidad (secularismo, materialismo). Existe un peligroso divorcio entre la santidad y la vida cotidiana en el mundo: Dios los domingos y el dinero los lunes. La maldad de aquellos que perecerán cuando Dios se levante para juzgar al mundo con justicia no es que sean inmoralmente groseros, sino que “simplemente” comen, beben, se casan y construyen casas. La escuela cristiana, en su mera existencia, niega la mundanalidad, ya que representa la verdad de que Dios está en el centro de todo conocimiento y realidad, y la verdad de que los hombres deben buscar a Dios en toda la vida. Pero también debe esforzarse por enseñar a los niños estas verdades y así criarlos para que vivan de esa manera.

Por lo tanto, la educación cristiana es sumamente útil, preparando al niño para vivir la vida como debería ser vivida y, podría agregar, con un enfoque en el libro de Proverbios, preparando al niño para vivir una vida bendecida y feliz. Al perseguir su objetivo, la educación cristiana, y solo ella, escapa de la condena que Alfred North Whitehead emitió sobre la educación moderna:

La solución que estoy proponiendo es erradicar la fatal desconexión de las materias que mata la vitalidad de nuestro plan de estudios moderno. Existe solo un tema para la educación, y ese es la Vida en todas sus manifestaciones. En lugar de esta unidad única, ofrecemos a los niños: Álgebra, de la cual no se desprende nada; Geometría, de la cual no se desprende nada; Ciencia, de

la cual no se desprende nada; Historia, de la cual no se desprende nada; un par de Idiomas, nunca dominados; y, por último, lo más tedioso de todo, Literatura, representada por obras de Shakespeare, con notas filológicas y breves análisis de trama y personajes que deben ser memorizados en su totalidad. ¿Se puede decir que tal lista representa la Vida, tal como se conoce en medio de su vivencia? Lo mejor que se puede decir al respecto es que es un rápido índice de contenidos que una deidad podría repasar en su mente mientras pensaba en crear un mundo, y aún no había determinado cómo unirlo.⁶⁸

Whitehead concluye asombrosamente que “no podemos conformarnos con nada menos que el antiguo resumen del ideal de educación que ha estado vigente en cualquier momento desde el amanecer de nuestra civilización. *La esencia de la educación es que sea religiosa.*”⁶⁹ Sin embargo, “religión” para Whitehead no incluye a Dios. ¡Tan cerca y, sin embargo, tan lejos!

No solo los Proverbios, sino también el Nuevo Testamento nos dice que la piedad es *provechosa*, es decir, *útil*. Es útil para todas las cosas, “pues tiene promesa de la vida presente y de la venidera” (1 Timoteo 4:8).

Sobre el reino de Dios

¿Tiene nuestra meta en la educación algo que ver con el reino de Dios? ¿Es el reino un aspecto importante de la meta? Aunque quisiéramos ignorar este aspecto de nuestra meta, la consideración de esta pregunta se nos impone por las teorías educativas dentro de la esfera Reformada que enfatizan la concepción del reino de Dios. Hay dos grupos principales: aquellos que anhelan la reforma social y el ICS.

El objetivo de los reformadores sociales es que hombres y mujeres entren en la sociedad, uniéndose a las asociaciones de los impíos, para ayudar en el esfuerzo de mejorar la condición humana: resolver el problema racial, asistir a los pobres, mejorar las condiciones de trabajo e incluso calmar las tensiones internacionales. En círculos Reformados, es maravilloso ver cómo Juan Calvino es forzado a encajar en el lecho de Procrusto de la mejora social. Uno queda convencido de que Calvino no tenía otro propósito para la teología, la predicación o la iglesia que la mejora de la suerte terrenal del hombre, hasta que se toma la molestia de leer a Calvino mismo, en cualquier lugar. Los evangélicos también abrazan este objetivo de la educación. En la distancia resplandece el espejismo de un mundo incrédulo e injusto de paz y prosperidad, al que se le llama “reino de Dios”.

El objetivo del ICS es cumplir con el mandato cultural de Génesis 1 y así lograr una sociedad terrenal grandiosa, pacífica y gloriosa dominada por cristianos evangélicos (léase hombres del ICS: reyes filósofos de Platón en carne y hueso). Con este fin, educan a niños para que se conviertan en organizadores de instituciones cristianas (léase ICS) en toda la tierra. Una vez más, en la distancia brilla el espejismo del “reino de Dios.”

Nuestro rechazo a estas visiones de reino es radical: el reino imaginado no es el reino establecido por Cristo, el reino revelado en el evangelio y en el que los creyentes ya hemos sido trasladados. Los reinos de los reformadores sociales y del ICS son reinos carnales, terrenales, erigidos por hombres, basados en el deseo natural de los hombres por la paz y el placer terrenales. El reino de Dios es espiritual, celestial, construido por el Hijo de Dios a través del evangelio, fundamentado en la justicia de la cruz de Jesús.

Dado que tanto los reformadores sociales como el ICS tienen en mente el mismo reino, sus enfrentamientos ocasionales son amistosos. Tarde o temprano se encontrarán. Entonces, porque todos los caminos llevan a Roma, también encontrarán a Roma, que tuvo esta visión de reino hace mucho, mucho tiempo.

Sin embargo, esto no debe llevarnos a pasar por alto o minimizar que buscamos el reino de Dios en la educación. Menos aún debemos ocultar esto a nuestros hijos. La ICS tiene un fuerte atractivo para los jóvenes: “Puedes tener un lugar en el 'reino', puedes ser activo en nombre del 'reino' y puedes avanzar hacia la victoria con el 'reino', si tan solo adoptas nuestra visión del 'reino'”. Somos necios, somos pobres maestros cristianos, si descuidamos enseñar a nuestros hijos, “Eres ciudadano del reino de Dios. Has sido criado para la vida en este reino. Estás llamado a ser activo en el reino en su nombre.” Las escuelas cristianas son escuelas del reino; la educación cristiana es educación del reino. Escucha una vez más la forma de bautismo: “...vivir en toda justicia bajo nuestro único...Rey...Jesucristo; y luchar valientemente contra y vencer el pecado, al diablo y toda su dominación.”⁷⁰

En la educación, buscamos el reino en primer lugar, como nuestro deber según Mateo 6:33. Lo hacemos de dos maneras. Primero, al brindar a nuestros hijos educación cristiana, estamos buscando el reino en primer lugar, confiando en que Dios proveerá nuestras necesidades terrenales. Segundo, educamos a los niños para que vivan la vida del reino en el mundo.

Rechazamos la concepción carnal del reino y no permitimos que nuestros hijos sufran la ilusión de los reformadores sociales. Sabemos cuál es el futuro terrenal del pueblo de Dios y qué reino se levantará en los últimos días. Debemos enseñar esto a la juventud.

Nosotros y nuestros hijos del pacto vivimos la vida del reino creyendo y obedeciendo el evangelio de Cristo en toda nuestra vida terrenal. Servimos fiel y obedientemente a Cristo como Señor en el gobierno, el trabajo, el hogar y la iglesia, haciendo su voluntad en estas instituciones. Vivimos la vida de Mateo 5-7, lo cual es vivir la vida del pacto, la vida de amigo-siervo de Dios.

El objetivo de la vida del reino no es enfáticamente el “servicio de tiempo completo en el reino”, como solíamos escuchar una y otra vez en la capilla, como si el objetivo solo se alcanzara en predicadores y maestros de escuela cristiana. Esto no es calvinismo. Esto no es pensamiento de pacto. Por el contrario, cada niño debe vivir una vida de “servicio de tiempo completo en el reino”, ya sea científico, madre, conserje o abogado.

Esta crianza, al igual que la vida del reino en sí misma, es un trabajo agotador. Confesamos que lo hacemos, mientras vivimos la vida del reino, solo en principio. Tenemos solo un comienzo muy pequeño de la nueva obediencia. Por lo tanto, en nuestro trabajo de educación cristiana, debemos estar caracterizados por la humildad y el arrepentimiento.

Sin embargo, es un trabajo glorioso. Un trabajo que apunta a que hombres y mujeres jóvenes vivan la vida del reino de Dios en el mundo es glorioso. Pero incluso esto se cree más de lo que se ve. La llegada del reino a través de la educación cristiana no es espectacular, glamorosa y llamativa. El reino no llega con observación. Ni dirán: ¡Aquí está! o ¡Allí está! Sin embargo, llega. Por lo tanto, la educación cristiana es digna de nuestros mejores esfuerzos, por gracia.

Sobre la gloria de Dios

Apuntamos a hombres y mujeres maduros del pacto. De esta manera, apuntamos al reino de Dios. Nuestro objetivo final en la educación cristiana, por lo tanto, es la gloria de Dios. Al tener la gloria de Dios como

nuestra meta, somos fieles a la base del pacto de la educación cristiana, porque en el pacto Dios debe ser Dios, y el pacto con nosotros debe terminar en Él.

La meta de la gloria de Dios subyace a nuestra meta con respecto al niño, a saber, que el niño sea un hombre que sirva a Dios en este mundo y en el que está por venir. Dado que la meta es la gloria de Dios, la educación del pacto no puede simplemente terminar con el niño siendo salvado, y mucho menos con el éxito terrenal del niño. Esto haría del hombre el *objetivo* de la educación. Pero la meta de la educación del pacto debe ser el servicio activo del niño a Dios. Solo así *Dios* es la meta.

No alcanzar la meta de Dios y su gloria es pecado en la educación, al igual que en cualquier otro lugar. Esto hace que la educación sea vana. Se construyen campus gigantescos a un costo enorme, y se gasta una energía descomunal, ¡para nada! Sobre ello cae el juicio de Dios, tanto en el tiempo como en la eternidad. No hay alternativa a la educación del pacto gobernada y permeada por la Palabra, llevada a cabo por padres creyentes a través de maestros temerosos de Dios, y dirigida a la gloria del Dios trino. El intento bien se desmorona en un caos de alboroto, ignorancia y sensualidad, como sucede en muchas escuelas hoy en día, o bien toda la creación y las vidas de los estudiantes se tuercen y distorsionan, con la ruina de la creación y la miseria para los hombres, hacia el establecimiento del reino del hombre, es decir, el reino de la bestia. Esto también se desmoronará.

El objetivo de la gloria de Dios se logra *a través* de la crianza de los niños; Dios es glorificado en la educación cristiana *a través* del amor y servicio de los niños, sin olvidarlo.

Esto se *logra* en la educación cristiana por parte de padres y maestros. Los niños *son* criados hasta la madurez. Dios realmente utiliza nuestra educación para llevar a su hijo del pacto a convertirse en un hombre de Dios, preparado para una vida de buenas obras. Hay poder en la educación. La educación cristiana es muy significativa: es una demanda del pacto. ¿Qué celo, qué cuidado, qué fidelidad no requiere esto?

Pero es obra de Dios. Aquí descansan los maestros y los padres cristianos. El pacto es de Dios. El pacto y la promesa del pacto son gratuitos. No dependen de ningún hombre. Dios hace hijos del pacto. Dios los lleva a la madurez espiritual. Dios obra en ellos para querer y hacer la vida y el trabajo del reino.

Por lo tanto, los maestros cristianos, al igual que los padres en cuyo lugar se encuentran, deben orar, deben trabajar orando, sin dudar.

Jehová, Dios del pacto en el Señor Jesús, salva a los hijos del pacto y glorifica tu nombre a través de ellos.

NOTAS

34 Lutero, "An Open Letter" en *Three Treatises*, 93.

35 En defensa de la gracia común y su supuesta importancia esencial para la cultura por parte de los defensores reformados, consulte a Abraham Kuyper, *Conferencias sobre el calvinismo*, "Stone Lectures" impartidas en la Universidad de Princeton en 1898 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1953) y H. Henry Meeter, *The Basics Ideas of Calvinism*, 3ª edición revisada (Grand Rapids, MI: Kregel Publications, 1956), 70-92. Sobre la gracia común y la educación cristiana, consulte a William Masselink, "Common Grace and Christian Education, or A Calvinistic Philosophy of Science", mimeografiado (Chicago, 1951) y Cornelius van Til, *Essays on Christian Education* (s.l.: Editorial Presbiteriana y Reformada, 1974), especialmente 89-92. Para la adopción evangélica de la gracia común como vital para la educación cristiana, consulte a Bernard Ramm, *The Christian College in the Twentieth Century*, cinco conferencias impartidas en 1961-62 en el Colegio Whitworth, Spokane, WA. (Grand Rapids, MI: Wm.

B. Eerdmans Publishing Co., 1963) y Arthur F. Holmes, *The Idea of a Christian College* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1975).

36 Kuyper, *Lectures of Calvinism*, 30-31, 121ss.

37 Ramm, *The Christian College*, 80-83.

38 Cánones de Dordt, 3-4, Rechazo de errores, 5, en *Confesiones y orden de la Iglesia*, 171.

39 Para la crítica reformada de la teoría de una gracia común formadora de la cultura, consulte las siguientes tres obras de Herman Hoeksema: *The Protestant Reformed Churches in America: Their Origin, Early History and Doctrine*, 2da edición (Grand Rapids, MI: First Protestant Reformed Church, 1947), 293-410; *God's Goodness Always Particular* (Grand Rapids, MI: Reformed Free Publishing Association, 1939); y *A Triple Breach in the Foundation of the Reformed Truth: A Critical Treatise on the "Three Points" Adopted by the Synod of the Christian Reformed Churches in 1924* (Grandville, MI: Evangelism Committee of the Southwest Protestant Reformed Church, 1992).

40 Para una crítica de la teoría de la gracia común de Abraham Kuyper como base de una cosmovisión calvinista, a la luz del fracaso de esta teoría después de 100 años, consulte a David J. Engelsma, "The Reformed WorldView", *Standard Bearer* 74 (May 15, 1998): 364-66; 74 (August 1998): 436-38; 74 (September 1, 1998): 460-62; 74 (September 15, 1998): 485-87; 75 (October 1, 1998): 5-7.

41 Para las opiniones de Lutero sobre la educación cristiana, consulte su "To the Councilmen of All Cities in Germany That They Establish and Maintain Christian Schools" [1524], en *Luther's Works*, vol. 45, ed. Walther I. Brandt, trad. Albert T. W. Steinhäuser (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1962), 339-78. También consulte "A Sermon on Keeping Children in School" de Lutero [1530], en *Luther's Works*, vol. 46, ed. Robert C. Schultz, trad. Charles M. Jacobs (Filadelfia: Fortress Press, 1967), 207-58.

42 Juan Calvino, "A Defense of the Secret Providence of God", en *Calvin's Calvinism: Treatises on "The Eternal Predestination of God" and "The Secret Providence of God,"* trad. Henry Cole (Grand Rapids, MI: Reformed Free Publishing Association, [1987]), 348.

43 Bouwman, *Gereformeerde Kerkrecht*, 518. La traducción del holandés es mía.

44 Para esta descripción trifásica de una obra que solamente puede ser buena consulte el Catecismo de Heidelberg, P. 91.

45 Consulte Henry Zylstra, *Testament of Vision* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1958).

46 Herman Hoeksema, "The Social Christianity and Calvinism", *Religion and Culture* 1, núm. 2 (agosto de 1919): 22-23. Hoeksema expresó la cosmovisión reformada en escritos posteriores. Consulte a Henry Danhof y Herman Hoeksema, *Niet Doopersch maar Gereformeerde* (s.l.: por los autores, [192-]), 67-68, y Herman Hoeksema, *Behold, He Cometh!: An Exposition of the Book of Revelation* (Grand Rapids, MI: Reformed Free Publishing Association, 1969), 211.

47 Catecismo de Heidelberg A 104, en Schaff, *Creeds of Christendom*, 3:345.

48 Bouwman, *Gereformeerde Kerkrecht*, 520-21. La traducción del holandés es mía.

49 Van der Kooy, *Distinctive Features*, 30.

50 Consulte a James H. Olthuis y Bernard Zylstra, "An Educational Creed", en *To Prod*, 167-70, especialmente los artículos 6, 9-10.

51 Van der Kooy, *Distinctive Features*, 34.

52 Union nacional de escuelas cristianas, "The Distinctive Character of the Christian School Movement" libro para la convención celebrada en Chicago en 1930 (n.p.: Unión nacional de escuelas cristianas, 1930), 74ss.

53 Abraham Kuyper, "Ons Programs" (Amsterdam: Höveker and Wormser, 1880), 231. La traducción del holandés es mía.

54 Bouwman, *Gereformeerde Kerkrecht*, 520. La traducción del holandés es mía.

55 Van der Kooy, *Distinctive Features*, 31.

- 56 Cornelius Jaarsma, "Education That Is Christian," en *Integrated Education* (Grand Rapids, MI: Calvin College and Seminary, 1962), 9.
- 57 Marian M. Schoolland, *De Kolonie: The Church That God Transplanted* (Grand Rapids, MI: Christian Reformed Publishing House, 1974), 200.
- 58 Waterink, *Basic Concepts*, 31–33. El énfasis es de Waterink.
- 59 Bertrand Russell, "A Free Man's Worship," in *The Basic Writings of Bertrand Russell*, ed. Robert E. Egner and Lester E. Denonn (London: George Allen and Unwin, 1961), 72.
- 60 Lutero, "A Sermon on Keeping Children in School", 218.
- 61 Bouwman, *Gereformeerd Kerkrecht*, 520–21. La traducción del holandés es mía.
- 62 Van der Kooy, *Distinctive Features*, 34-35.
- 63 Lutero, "A Sermon on Keeping Children in School", 252-53.
- 64 Bavinck, *Paedagogische Beginselen*, 53. La traducción del holandés es mía.
- 65 Hoeksema, "Christian Education", 532.
- 66 Waterink, *Basic Concepts*, 41.
- 67 Forma para la administración del bautismo, en *Confessions and Church Order*, 260; énfasis añadido.
- 68 Alfred North Whitehead, *The Aims of Education and Other Essays* (New York: Macmillan, 1929), 18.
- 69 Ibid., 25; énfasis añadido.
- 70 Forma para la administración del bautismo, en *Confessions and Church Order*, 260.